

EL HAMBRE Y EL AYUNO

“El hambre va con las guerras, los campos, el verano árido. Y sus manos están limpias. Y vacías”. Esos versos del poeta serbocroata Milan Dedinatz apenas pueden ser comprendidos por muchos de nuestros conciudadanos. El hambre empujó a muchos de nuestros parientes a emigrar. Tal vez a nosotros mismos. Pero para muchos de nosotros es un recuerdo vago y lejano.

Y, sin embargo, ahí están las multitudes hambrientas de pan y de arroz, de maíz o de tapioca. Las gentes que apenas se mantienen en pie a causa de la debilidad que las consume. Y ahí está el mundo del hartazgo y del despilfarro. Las gentes que apenas pueden moverse a causa de una obesidad enfermiza en su adición original.

Es cierto que no se debe caer en el melodrama ni en los fáciles clichés. Y bien lo saben todas las personas que a causa de la crisis actual han vuelto a descubrir en su horizonte particular al antiguo caballo apocalíptico del hambre. Son millones los que han de emigrar para buscar los medios para sobrevivir al azote del hambre.

“Si quienes tenemos capacidad económica nos pusiéramos de acuerdo, podríamos acabar con el hambre en el mundo”. Parecen palabras de un predicador, pero fueron pronunciadas en 1995 por el conocido tenor Plácido Domingo. Basta un poco de observación para descubrir la realidad. No hace falta ideología para interpretarla.

“El hambre es el signo más cruel y concreto de la pobreza. No es posible continuar aceptando la opulencia y el derroche, cuando el drama del hambre adquiere cada vez mayores dimensiones”. Así lo recordaba Benedicto XVI en su discurso a la FAO, con ocasión de la cumbre mundial sobre Seguridad Alimentaria (16.11.2009).

No es posible continuar así por más tiempo. Las diferencias entre los hartos y los hambrientos son escandalosas. Los pueblos hambrientos no pueden aceptar esta injusticia. Y las personas que han vuelto a experimentar el hambre entre nosotros saben que no se merecen ese castigo.

Por iniciativa de la organización católica “Manos Unidas”, el viernes 10 de febrero celebraremos la ya tradicional jornada del ayuno voluntario. Es verdad que el ayuno de un día no puede cambiar las estructuras injustas de este mundo. Pero puede despertar nuestras conciencias y puede ir educando la conciencia de la próxima generación.

El ayuno de un día es un signo demasiado pobre en la vida de una persona. Y es realmente “in-significante” en el escenario de esta sociedad que ha globalizado las materias primas, los productos industriales y los servicios más complejos, pero no se ha decidido aún a globalizar la solidaridad.

Si hoy recordamos con escándalo los tiempos en los que se aceptaba como normal la esclavitud, un día recordarán con horror los tiempos en los que las gentes morían de hambre, como el pobre Lázaro, a la puerta de los comilones satisfechos que no comparten su pan con el hambriento.